

ECONOMIST INTELLIGENCE UNIT

POBREZA GLOBAL: ¿YA ESTAMOS CERCA?

Hacer que la pobreza sea cosa del pasado es un lema atractivo. Reducirla a la mitad para 2015 es, por el contrario, un compromiso evaluable. Esta es la lógica detrás de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM), una gran cantidad de objetivos en la lucha contra la pobreza global, la enfermedad y el analfabetismo, establecidos por los jefes de Estado en una asamblea de Naciones Unidas en 2000.

Los objetivos pretenden convertir los lemas de campaña en promesas garantizadas, con número y fecha. El mundo, por ejemplo, ha resuelto reducir la tasa de mortalidad materna en tres cuartas partes, de 1990 a 2015. El porcentaje de personas sin un abasto seguro de agua descenderá a la mitad; la mortalidad infantil, una tercera parte. Diligente para marcar una fecha simbólica en el calendario, Naciones Unidas declaró el 7 de julio (7/7/07) como la mitad del camino oficial hacia las metas de 2015.

La cumbre de 2000 tuvo un poder de convocatoria sin precedente, al atraer más *peces gordos* que nunca (hasta los evasivos coreanos del norte trataron de unirse a ella, aunque se retiraron enojados luego de un registro poco diplomático en el aeropuerto). Pero muchos de los objetivos eran como un viejo sombrero reciclado para el segundo o tercer uso. Se suponía que los años ochentas traerían agua y salubridad, y los noventas "educación para todos". ¿Habría alguien, entonces, que tomara en serio los Objetivos de Desarrollo del Milenio? ¿No caerían silenciosamente en el olvido como tantas otras locuras y fantasías del cambio de milenio?

De hecho, han permanecido sorprendentemente visibles, y se han convertido en una especie de escritura secular para la fraternidad de benefactores. La familia ONU, desde luego, los patrocina. Pero los objetivos también han atraído a los rivales de la organización al negocio de la ayuda. El mes pasado, el Banco Mundial invocó los objetivos cuando buscaba una aportación de 32 mil millones de dólares de sus miembros más ricos. Esta semana, Pascal Lamy, jefe de la Organización Mundial de Comercio, los invocó cuando pidió salvar la ronda de Doha de conversaciones globales sobre comercio. Incluso el Fondo Monetario Internacional, que reconoce una moneda no convertible cuando ve una, les guarda solemnemente respeto.

Por consiguiente, puede decirse con toda justicia que los Objetivos de Desarrollo del Milenio atraen atención sobre las tareas que, de otra manera, un gobierno podría descuidar. Después de todo, los ministros de los países pobres están muy ocupados: eludir rivales, derrotar insurrecciones, distribuirse el botín. Proteger a las madres de la eclampsia o a los niños de la diarrea no siempre convoca su atención total. Los objetivos

aseguran cierto reconocimiento internacional a los políticos que logran avanzar en esas metas.

Es triste, sin embargo, que no puedan hacer lo que pretenden, es decir, proporcionar puntos de referencia contra los cuales se pueda juzgar a los gobiernos. Establecidos para el mundo en su conjunto, los objetivos numéricos no se refieren a ningún país en particular. China casi había logrado el objetivo de reducir la pobreza a la mitad de sus niveles de los años noventas

cuando el objetivo se fijó, una década después. África subsahariana, por el contrario, no alcanzará ninguno de los objetivos, aun cuando su economía esté creciendo más rápido de lo que ha crecido en una generación y sus niños ingresen a la escuela más rápido que en cualquier otra región.

Algunos objetivos no se pueden cumplir, otros aún no se pueden medir. Los países pobres no tienen estadísticas confiables sobre muertes por malaria o

parto, aunque los objetivos ayudan a despertar interés en generar mejores cifras. Y a veces lo que se mide (el número de niños matriculados en la escuela) no es lo que cuenta (el número de quienes aprenden algo).

Se supone que los objetivos son responsabilidad de todos, lo que significa que no son de nadie. Los países pobres pueden culpar a los ricos de no procurar el dinero suficiente; los gobiernos ricos pueden acusar los

pobres de no hacer suficientes méritos para ganárselo.

Algunos fanáticos de los Objetivos de Desarrollo del Milenio piensan que la responsabilidad de alcanzarlos es más clara. Calculan lo que se requiere para lograrlos; añaden los costos, y entonces exigen que los gobiernos ricos del mundo paguen la cuenta. Sólo la falta de generosidad separa a los países pobres de los objetivos para 2015, sostienen.

Pero el dinero extranjero no siempre produce resultados, y algunos resultados no requieren mucho dinero. Brasil es cuatro veces más rico que Sri Lanka, pero sus niños tienen el doble de probabilidades de morir antes de su quinto cumpleaños. Mejorar las condiciones sanitarias significa tanto romper hábitos como construir letrinas. Y aunque el dinero de los benefactores puede enviar un médico a la jungla, no puede hacer que asista a trabajar. El progreso social previsto en los objetivos para 2015 requiere de una vigilancia a escala nacional que sólo un gobierno local responsable, no un distante donador extranjero, puede mantener.

¿Pueden salvarse los Objetivos de Desarrollo del Milenio? Los investigadores del Centro del Desarrollo Global, grupo de expertos de Washington, sostienen que los donadores deberían comprometerse a hacer "pagos para el progreso", otorgando una suma fija de dinero a un país pobre sólo después que haya demostrado avances, auditados de manera independiente, hacia un objetivo. Los donadores, por ejemplo, podrían proporcionar 100 dólares por cada niño que termina la escuela primaria, o cuando el país pase una prueba de alfabetización que sobrepase con mucho las expectativas de 2000. Los pagos proporcionarían mayores incentivos, así como recursos suplementarios. Ningún país en vías de desarrollo podría quejarse de que el dinero no está sobre la mesa, y ningún donador podría reclamar que no ve los resultados.

La fiesta del milenio aseguró el acuerdo global sobre los temas importantes. Eso es algo. Pero los países empobrecidos tienen que comenzar desde donde están, no desde donde los participantes de la cumbre deseaban que estuvieran. El dinero del exterior no puede cerrar la brecha, y los guardianes de los Objetivos de Desarrollo del Milenio no deberían pretenderlo de otra manera. La falta de dinero extranjero no debería impedir que los países avancen poco a poco para salir de la pobreza por su propio esfuerzo, que es el único camino que han tenido las naciones para lograrlo. Para hacer que la pobreza sea historia, se tiene que entender cómo se hace la historia.

FUENTE: EIU



FOTO: VÍCTOR CAMACHO

La difícil tarea

De acuerdo con la ONU, en 1990 más de una persona de cada cuatro carecía de acceso seguro al agua. Para 2015, esa vergüenza sólo será de la mitad si los jefes de Estado mantienen las magníficas promesas que hicieron, en septiembre de 2000, en la oficina central de Naciones Unidas en Nueva York. Las promesas, que también incluyen reducir a la mitad la pobreza y el hambre, educación para los niños del mundo, frenar las enfermedades y librar a las madres y a sus hijos de muertes prematuras, han sido traducidas en los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM).

Es posible lograr que las cosas se hagan, aunque no al ritmo que exigen los ODM. Tomemos a Malí, por ejemplo. Este país sin acceso al mar, asentado en la región Sahel y en el desierto del Sahara, debería ser uno de los países menos prometedores para el desarrollo. Es el tercero de abajo arriba (en el lugar 175) en el índice de desarrollo humano de Naciones Unidas, sólo por encima de su vecina Nigeria y de la empobrecida Sierra Leona. Sin embargo, los gobiernos occidentales y las agencias de ayuda, sin hablar de Libia, el Banco de Desarrollo Islámico y el Chino, están confluyendo en Malí con grandes expectativas y mucho dinero.

¿Por qué ha generado Malí tanta esperanza, mientras que la cercana Nigeria y Guinea, por ejemplo, provocan simplemente exasperación? Malí tiene un gobierno, conducido por Amadou Toumani Touré, que dedica la mayor parte de sus limitados recursos a lo que se denomina "Lucha contra la pobreza", en vez de malgastarlos en menaje de oficina. El compromiso de Touré es reconocido por los pobladores, que acaban de reelegirlo para un segundo mandato.

También ha sido premiado por los donantes. Malí es uno de sólo cinco países africanos que han pasado los rigurosos criterios de la Cuenta para el Desa-

fío del Milenio (MCA), de Estados Unidos, lo cual le reportará 460 millones de dólares durante los próximos cinco años, una enorme cantidad para un país cuyo presupuesto gubernamental es de apenas de alrededor de mil 500 mdd.

Ese progreso continuo complace, pero no satisface, a los guardianes de los ODM, como Jeffrey Sachs, consejero especial de la ONU y abogado incansable de los objetivos. Están poco dispuestos a bajar sus expectativas, y argumentan que los objetivos son semejantes a los derechos humanos, obligaciones solemnes que no admiten transacción. De acuerdo con este razonamiento, las necesidades del mundo en desarrollo se pueden contabilizar, calcularse el costo de las dosis más baratas, y determinarse la factura resultante. Todo lo que resta es que el mundo rico acepte la cuenta, de modo que la salud de un país pobre y los ministerios de educación puedan hacer su trabajo.

Sin embargo, la mayor parte de los ODM no explotan esas fortalezas. Si un país quiere proporcionar educación a sus niños y salvar a sus infantes y madres de una muerte prematura, tiene que reclutar los esfuerzos de miles de profesores, enfermeras y comadronas quienes, en su totalidad, deben ejercer cuidado, diligencia y juicio.

Esta escrupulosidad no es fácil de comprar o importar, excepto en comunidades de escapate como los Pueblos del Milenio de Sachs, de los cuales hay varios ejemplos muy impresionantes en Malí. En el caso de estos servicios, el vínculo entre gastos y resultados es notoriamente débil.

El éxito no depende tanto de mariscales de campo como Sachs, sino de soldados de a pie como Rita Dana, enfermera auxiliar y partera en el distrito de Bardhaman.

ECONOMIST INTELLIGENCE UNIT

REMESAS A LA ALZA

Durante 2006, los migrantes que trabajan en el extranjero enviaron más de 62 mil millones de dólares a América Latina y el Caribe, un incremento de 14 por ciento que consolida a la región como el principal receptor de remesas en el mundo. Según un informe sobre flujos de remesas publicado por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), las remesas excedieron los flujos de inversión extranjera directa y ayuda exterior a la región por cuarto año consecutivo.

Varias encuestas demuestran que estos fondos se han convertido en motor de crecimiento de muchas economías latinoamericanas, ya que comienzan a utilizarse más allá de los gastos de vida cotidianos. En efecto, de manera creciente, las remesas se utilizan para pagar hipotecas, iniciar pequeños negocios y abrir cuentas bancarias de ahorros.

El BID estima que casi tres cuartas partes de todas las remesas que se envían a América Latina tienen origen en EU (cerca de 45 mil millones de dólares); Europa occidental, sobre todo España (con alrededor de 5 mil mdd), Italia, Portugal y Gran Bretaña, representan 15 por ciento más. Otros flujos notables provienen de Japón y Canadá. El informe resalta que el crecimiento de dos dígitos de las remesas, en años recientes, refleja también un bajo registro previo de estos flujos.

The Economist Intelligence Unit pronostica que en 2007 las remesas seguirán aumentando en la mayoría de los países latinoamericanos, aunque a paso lento. Esto se deberá, en gran parte, a una desaceleración del crecimiento económico estadounidense este año, que pondrá diques al incremento de esos flujos.

Costos de transferencia más bajos

En años recientes, la disminución repentina de los gastos de comisión

ha sido uno de los rasgos del mercado de remesas, motivada en parte por el número creciente de instituciones que han entrado al mercado de transferencias de dinero. Por ejemplo, más de 100 organizaciones de transferencia de dinero (OTD) hacen negocio con México en comparación con sólo cinco en 1995. Ante la baja de los gastos de transferencias de la década pasada, trabajadores migrantes utilizan con mayor frecuencia intermediarios financieros formales para remitir sus ahorros, lo que da mayor transparencia a los flujos.

Una mejor supervisión por parte de los bancos centrales ha favorecido también la exactitud de los informes. Los gastos de comisión varían aún de manera amplia entre mercados, pero el costo promedio por transacción descendió de 15 por ciento a mediados de los años noventa a 10% en 2001 y 6% en 2005.

Leyes de EU, obstáculo al crecimiento

Sin embargo, el ambiente regulador estadounidense constriñe la eficiencia del mercado. Las

leyes sobre lavado de dinero desalientan a los bancos estadounidenses para ofrecer servicios de remesas, un incentivo para que los migrantes abrieran cuentas bancarias en EU. Una serie de represiones contra los trabajadores indocumentados han dañado también la tendencia de crecimiento de las remesas a través de canales formales: los trabajadores evitan las transferencias por miedo a que su uso los conduzca a ser detectados y deportados.

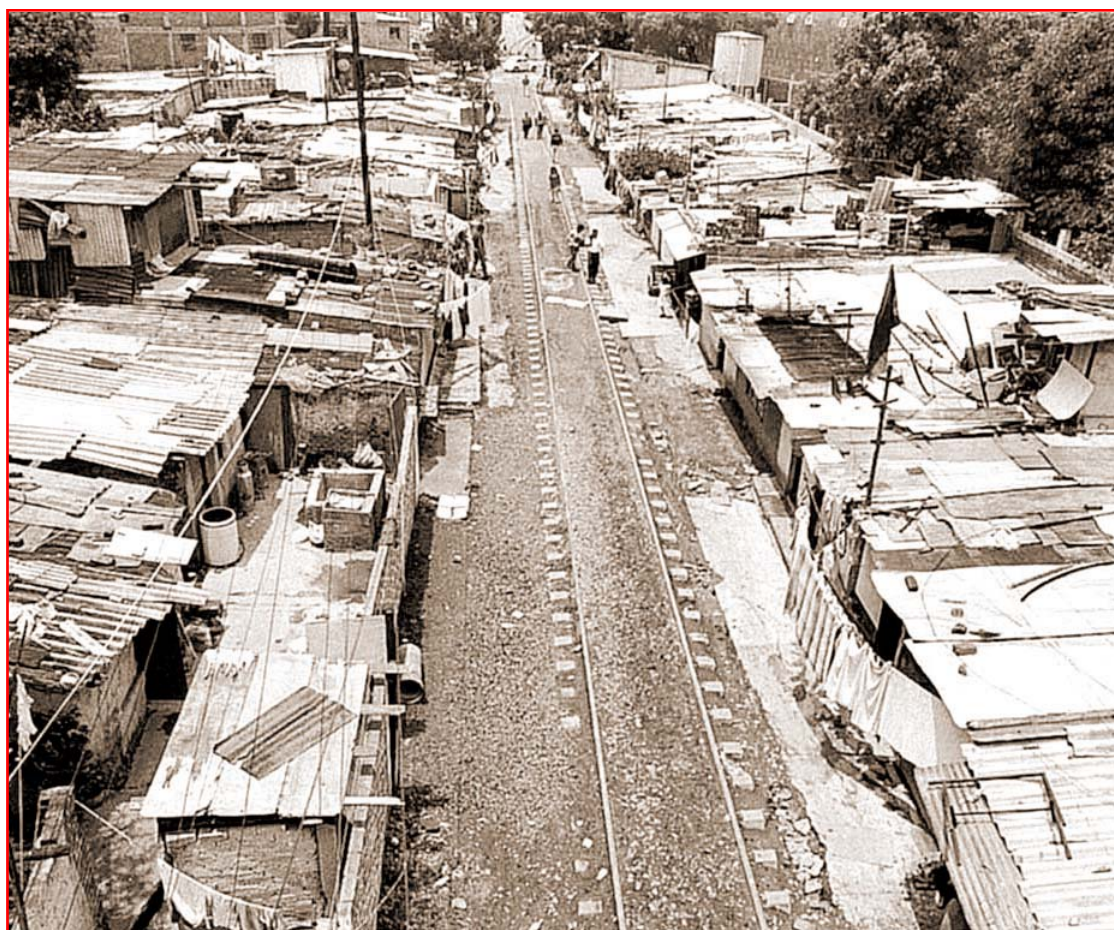
Las leyes estadounidenses

sobre lavado de dinero han provocado también el aumento del costo de envío y frenado su crecimiento adicional. Los bancos que hacen negocios con organizaciones de transferencia de dinero enfrentan un mayor escrutinio y muchos han decidido dejar el mercado antes de absorber los costos extras. A su vez, las OTD batallan por encontrar bancos que se adapten a sus necesidades y, por consiguiente, pagan gastos bancarios más altos. En consecuencia, algunas han cerrado parcial o totalmente sus operaciones.

Asimismo, los bancos latinoamericanos han sido torpes para enganchar como clientes a los receptores de remesas. En México, el mercado más grande de remesas de América Latina, sólo 29 por ciento de los receptores tienen cuentas bancarias. Sin embargo, hay algunas iniciativas alentadoras, como una cámara binacional de compensación automatizada, controlada por el Banco de la Reserva Federal de Atlanta y el Banco de México. Este modelo debería ser secundado por otras partes del sistema de la Reserva Federal y otras agencias gubernamentales.

Mientras tanto, de acuerdo con el BID, es más probable que las remesas desde España ayuden a las familias a salir de la pobreza que las que proceden de EU. Esto porque el sistema bancario español cobra honorarios de transferencia más bajos (entre los más bajos del mundo) y alienta tanto a remitentes como a receptores a abrir cuentas bancarias. Aproximadamente 77% de los trabajadores latinoamericanos que transfieren dinero a su patria tienen cuentas bancarias en España; en EU, sólo 29%.

FUENTE: EIU



Para muchas de las comunidades pobres del país las remesas de los migrantes, principalmente de los que se encuentran en Estados Unidos, se han convertido en motor de crecimiento en sus localidades ■ José Carlo González

DE PAGINA 20

LA DIFÍCIL TAREA...

Con mucha paciencia, Rita Dana examina a más de 60 embarazadas al día, las cuales caminan distancias de hasta 3 kilómetros, con dolor abdominal, vómitos o pies hinchados, peligrosos síntomas de hipertensión. Algunas de las trabajadoras se presentan aunque la inundación les llegue "hasta las rodillas", dice Mohammed Hossain, consultor del Unicef, pero quizá una cuarta parte de los centros, añade, no estará abierta cuando se requiera.

Entre más calificado esté un médico, más seguro es que se vaya. El hospital de distrito de Matlab, Bangladesh, cuenta con mesa de operaciones, lámpara, cilindros de oxígeno y una máquina para anestesiar. Todos los implementos llevan etiquetas que los identifican como donativos de EU y están relucientes, en parte porque no se usan. Varios cirujanos y anesthesiólogos se han entrenado ahí, pero ninguno se ha quedado. "A menos

que les apuntemos a la cabeza con una pistola, los doctores no se quedan", comenta Shams Arifeen, investigador del Centro Internacional para la Investigación de las Enfermedades Diarreicas de Bangladesh.

Los doctores y paramédicos plantean un conjunto de problemas; los pacientes y los clientes otro. Los trabajadores del centro no pueden confiar en que todos acepten sus consejos. Por ejemplo, Farida Yesmin aconseja a una joven madre, la cual espera a su cuarto hijo, sobre la necesidad de descansar y evitar levantar cubos pesados de agua. La madre de una vecina, asomando la nariz por la ventana, ofrece una segunda opinión: "el trabajo nunca me hizo ningún daño", insiste.

Las supersticiones no son las únicas fuentes de competencia. Charlatanes bien surtidos del sector privado son dados a

proveer a la gente de lo que quiere —medicamentos, principalmente— y no siempre de lo que necesita. Un paramédico gubernamental, en cuyo escritorio cae agua de las goteras, confiesa que a veces prescribe vitaminas sólo porque sí, pues sus pacientes no piensan salir de la clínica con las manos vacías.

Políticas de caridad

El truco consiste en guiar a la gente pobre para que exija lo que necesita y obtenga lo que demanda. Por ejemplo, un reporte reciente sobre los ODM, realizado por la oficina del Banco Mundial en Bangladesh, elogia los esfuerzos de Gonoshasthaya Kendra (GK), organismo asistencial orientado a la salud, cuyos inicios fueron los de una clínica de campaña que trataba a las víctimas de la guerra de independencia de Bangladesh. Nacido en la batalla, el

grupo cree en la "tensión creativa" entre los pobres y quienes les dan servicio. Siempre que alguien muere en la aldea, el grupo lleva a cabo una ceremonia pública post-mortem. El objetivo no es culpar o enjuiciar *per se*—el enfrentamiento podría alejar al gobierno—, sino recordar a los servidores públicos que alguien los observa, y que los negligentes serán señalados y humillados.

Pero, ¿podrán los donadores cultivar esta forma de llevar las políticas a la localidad? Las propuestas de ayuda no abundan en menciones a la comunidad. Los escépticos opinan que los donadores sólo usan la palabra "comunidad" para ajustar sus proyectos y sus horarios. También les preocupa que ceder el control al pueblo signifique dejar la ayuda en manos de la mafia local.

Quizá lo que los donadores pueden hacer es orar para que evolucionen las políticas más productivas, y entonces apoyarlas.

FUENTE: EIU